

Introducción a la semana

Lun
23
Mar
2020

Evangelio del día

[Cuarta semana de Cuaresma](#)

“El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 65, 17-21

Esto dice el Señor:

«Mirad: voy a crear un nuevo cielo
y una nueva tierra:
de las cosas pasadas
ni habrá recuerdo ni vendrá pensamiento.

Regocijaos, alegraos por siempre
por lo que voy a crear:
yo creo a Jerusalén “alegría”,
y a su pueblo, “júbilo”.

Me alegraré por Jerusalén
y me regocijaré con mi pueblo,
ya no se oír en ella ni llanto ni gemido;
ya no habrá allí niño
que dure pocos días,
ni adulto que no colme sus años,
pues será joven quien muera a los cien años,
y quien no los alcance se tendrá por maldito.

Construirán casas y las habitarán,
plantarán viñas y comerán los frutos».

Salmo de hoy

Salmo 29, 2 y 4. 5-6. 11-12a y 13b R/. Te ensalzaré, Señor, porque me has librado

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado
y no has dejado que mis enemigos se rían de mí.
Señor, sacaste mi vida del abismo,
me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. R/.

Tañed para el Señor, fieles suyos,
celebrad el recuerdo de su nombre santo;
su cólera dura un instante;
su bondad, de por vida;
al atardecer nos visita el llanto;
por la mañana, el júbilo. R/.

Escucha, Señor, y ten piedad de mí;
Señor, socórreme.
Cambiaste mi luto en danzas.
Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 4, 43-54

En aquel tiempo, salió Jesús de Samaría para Galilea. Jesús mismo había atestado: «Un profeta no es estimado en su propia patria».

Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta.

Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino.

Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verlo, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose.

Jesús le dijo:
«Si no veis signos y prodigios, no creéis».

El funcionario insiste:
«Señor, baja antes de que se muera mi niño».

Jesús le contesta:
«Anda, tu hijo vive».

El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo vivía. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron:
«Ayer a la hora séptima lo dejó la fiebre».

El padre cayó en la cuenta de que esa era la hora en que Jesús le había dicho: «Tu hijo vive». Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

Reflexión del Evangelio de hoy

Pues he aquí que yo creo cielos nuevos y tierra nueva

En la mesa de la Palabra la Iglesia hoy nos sirve en la primera lectura un fragmento de Isaías que nos habla del sobrecogedor poder del Señor, nos habla de una bendición, de una transformación cósmica, «*voy a crear unos cielos nuevos y una tierra nueva*». En realidad estas hipérboles poéticas reflejan una situación moral. Expresan en estos términos la aspiración radical y la esperanza infinita, aunque parezcan estas profecías algo extravagantes, no llegan aún a expresarlo todo, pues la salvación de Dios es inefable, porque Dios lo transforma todo en el interior y en el exterior del que espera.

San Pablo nos dirá *que toda la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto esperando la regeneración de los hijos de Dios*.

En realidad y en el fondo nos encontramos ante la posibilidad de que nuestro corazón sea transformado, mejor, creado de nuevo por orden, más profundamente aún, por el acto creador de Dios en la muerte y resurrección de su Hijo Jesús.

Una novedad inaudita de la intervención personal de Dios creando todo con su palabra: el corazón del hombre lleno de luz por la fuerza bautismal en la muerte y resurrección de mi Hijo.

¿No nos estremece esta realidad? ¿No vemos en el interior de nuestro ser la fuerza poderosa de la gracia bautismal que nos ha transformado en hijos por la fe? ¿No vemos en ella la esperanza más íntima, profunda y deseada de nuestro ser?

Es el canto gozoso del salmista el que nos ayuda a expresar nuestro gozo: «*Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí... Cambiaste mi luto en danzas. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre*».

Fortalecido en su fe, dio gloria a Dios

Este episodio es programático de toda la actividad de Jesús con el hombre. En esta perícopa aparece un hombre que ejerce autoridad, es un extranjero, además de pagano, y pertenecía al poder de ocupación. Entre el funcionario y el enfermo hay una relación de sangre: es su hijo.

El funcionario busca a Jesús movido por la necesidad sin manifestar ninguna relación con él. Su hijo tiene una enfermedad grave, está para morir. Le pide que baje en persona y le cure. Lo busca atraído por su «*poder*», nos descubre su mentalidad, ¿y la nuestra?

Jesús le dice:— *como no veáis signos y prodigios, no creéis*. Está frente a Jesús, con su angustia. ¿Qué llegó a ver en él además de su *poder*?

Jesús no necesita bajar a Cafarnaún. Jesús le habla de comunicar vida con su palabra creadora, vida definitiva: —*Anda tu hijo está curado*.

El hombre creyó en la palabra de Jesús y se pone en camino: ¿Qué ha pasado en este hombre? ¿Ha cambiado su visión de Jesús ante Jesús mismo? Ha abierto en su ser el poder de la fe en Jesús.

Ahora puede bajar a Cafarnaún. Le guía la fe, la fuerza que emana de la persona de Jesús. Creyó él en Jesús y llevó con su fe, a toda su familia, a Jesús.

Jesús se admira ante la fe de hombres y mujeres que creen en Él. La fe nos abre a la existencia de un Dios personal, la fe permite a Dios mostrar en nosotros su propio poder.

Es el camino del Evangelio que recorreremos durante toda nuestra vida para amanecer un día en la luz de la resurrección.



Sor María Rosario Botella O.P.
Monasterio Santo Domingo de Guzmán (Sant Cugat del Vallès)

Mar
24
Mar
2020

Evangelio del día

[Cuarta semana de Cuaresma](#)

“Toma tu camilla y echa a andar”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 47, 1-9. 12

En aquellos días, el ángel me hizo volver a la entrada del templo del Señor.

De debajo del umbral del templo corría agua hacia el este —el templo miraba al este—. El agua bajaba por el lado derecho del templo, al sur del altar.

Me hizo salir por el pórtico septentrional y me llevó por fuera hasta el pórtico exterior que mira al este. El agua corría por el lado derecho.

El hombre que llevaba el cordel en la mano salió hacia el este, midió quinientos metros y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta los tobillos. Midió otros quinientos metros y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta las rodillas. Midió todavía otros quinientos metros y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta la cintura. Midió otros quinientos metros: era ya un torrente que no se podía vadear, sino cruzar a nado.

Entonces me dijo:

«¿Has visto, hijo de hombre?»,

Después me condujo por la ribera del torrente.

Al volver vi en ambas riberas del torrente una gran arboleda. Me dijo:

«Estas aguas fluyen hacia la zona oriental, descienden hacia la estepa y desembocan en el mar de la Sal. Cuando hayan entrado en él, sus aguas serán saneadas. Todo ser viviente que se agita, allí donde desemboque la corriente, tendrá vida; y habrá peces en abundancia. Porque apenas estas aguas hayan llegado hasta allí, habrán saneado el mar y habrá vida allí donde llegue el torrente.

En ambas riberas del torrente crecerá toda clase de árboles frutales; no se marchitarán sus hojas ni se acabarán sus frutos; darán nuevos frutos cada mes, porque las aguas del torrente fluyen del santuario; su fruto será comestible y sus hojas medicinales».

Salmo de hoy

Salmo 45, 2-3. 5-6. 8-9 R/. El Señor del universo está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza,
poderoso defensor en el peligro.
Por eso no tememos aunque tiemble la tierra,
y los montes se desplomen en el mar. R/.

Un río y sus canales alegran la ciudad de Dios,
el Altísimo consagra su morada.
Teniendo a Dios en medio, no vacila;
Dios la socorre al despuntar la aurora. R/.

El Señor del universo está con nosotros,
nuestro alcázar es el Dios de Jacob.
Venid a ver las obras del Señor,
las maravillas que hace en la tierra. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 5, 1-16

Se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén.

Hay en Jerusalén, junto a la Puerta de las Ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Esta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, parálíticos.

Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo.

Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice:
«¿Quieres quedar sano?».

El enfermo le contestó:

«Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado».

Jesús le dice:

«Levántate, toma tu camilla y echa a andar».

Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar.

Aquel día era sábado, y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano:

«Hoy es sábado, y no se puede llevar la camilla».

Él les contestó:

«El que me ha curado es quien me ha dicho: “Toma tu camilla y echa a andar”».

Ellos le preguntaron:

«¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y echas a andar?».

Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, a causa del gentío que había en aquel sitio, se había alejado.

Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice:

«Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor».

Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado.

Por esto los judíos perseguían a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado.

Reflexión del Evangelio de hoy

Desde la súplica inicial de la cuaresma: “avanzar en el conocimiento de Cristo para vivirlo en plenitud”, día a día continuamos la andadura cuaresmal con la mirada puesta en el acontecimiento de la Pascua y procurando disponernos para una celebración que debe conectarse con un cambio interior. Es lo que se expresa en la oración colecta de hoy: disponer el corazón para celebrar el misterio pascual y anunciar la grandeza tu salvación.

Me hizo volver a la entrada del templo

Comienza el texto de Ezequiel llevándonos a la entrada del templo. ¿Qué nos quiere decir al situarnos en la puerta? Se trata de caer en la cuenta de lo que se está produciendo y las consecuencias que se derivan del paso de estas “aguas”. Y como se trata de avanzar en el conocimiento del misterio de Cristo y él mismo nos ha dicho: “Destruid este templo y yo lo reconstruiré en tres días”, conviene leer y escuchar desde la perspectiva de Cristo. Está claro que el templo es él y de él brotan estas aguas medicinales, es decir, nos viene la salvación. Así lo señala Juan cuando nos dice: “de su costado manó sangre y agua.” El profeta nos habla de la abundancia de esta agua y cómo todo se transforma porque lo riegan aguas que salen del santuario.

Termina el texto destacando tres puntos: primero, a la vera del río, en sus dos riberas, crecerán toda clase de frutales. Se trata de una tierra nueva, un espacio nuevo para una humanidad nueva. Segundo: darán cosecha nueva cada luna, porque los riegan aguas que manan del santuario. La novedad es permanente y renovada, tiempos nuevos que se inauguran con los acontecimientos pascuales. Tercero: su fruto será comestible y sus hojas medicinales. Alimentan y curan. En definitiva la grandeza de la salvación que se ha de anunciar se contiene en esta experiencia pascual. Jesús, el templo en el que habita corporalmente la divinidad, presencia y donación del amor de Dios, alimenta al ser humano que le acoge, estando ofrecido a todos y al mismo tiempo lo sana definitivamente. He venido para que tengan vida y vida en abundancia. El torrente que no se puede vadear.

El profeta hace otro señalamiento: “Estas aguas fluyen hacia la zona oriental, descienden hacia la estepa y desembocan en el mar de la Sal, Cuando hayan entrado en él, sus aguas serán saneadas. Todo ser viviente que se agita, allí donde desemboque la corriente, tendrá vida; y habrá peces en abundancia. Porque apenas estas aguas hayan llegado hasta allí, habrán saneado el mar y habrá vida allí donde llegue el torrente.” Salen del Santuario, lugar de vida para llegar al mar salobre, signo de muerte, para acabar con la muerte y hacer que haya vida en abundancia. Todo parece remitirnos al acontecimiento pascual, en el que toda la creación es transformada, los tiempos nuevos se hacen presentes y la humanidad experimenta una definitiva regeneración.

Toma tu camilla y echa a andar

Comienza el capítulo 5º del evangelio de Juan con un signo, la curación del parálítico de la puerta de Betesda y le seguirá, como es habitual en el procedimiento catequético de Juan, una explicación del signo. Lo escucharemos en los días siguientes. Conviene no desconectar, fragmentando ni interrumpiendo la lectura y su reflexión, para centrarnos en la intención del autor sagrado. Se trata de la obra de la salvación. Y se coloca este signo en la puerta de las ovejas, en clara referencia al sacrificio reiterado como contraposición a la inmolación del cordero de Dios, es decir, el sacrificio pascual de la nueva Pascua.

Un lamento es la respuesta a la pregunta que Jesús realiza: ¿quieres quedar sano? Cómo no va a querer. Hace todo lo que puede, pero no consigue llegar a tiempo. Parece reservado a privilegiados y a un esfuerzo individual insolidario. Jesús es lo contrario a todo eso. Como el agua que brotaba por debajo del umbral de la puerta del templo, en la puerta de la ovejas llevadas al sacrificio, él se llega al hombre postrado en la camilla, le habla y escucha su queja: “Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua...” El dolor de la impotencia y de la insolidaridad. No tengo a nadie. Es la soledad a la que la falta de comunión reduce al ser humano. Sin embargo este hombre, Jesús, está cercano y con sólo su palabra llena de vida, cambiará la existencia de esta persona. “Levántate, toma tu camilla y echa a andar.” le dirá. Si hoy escucháis su voz... Si escuchamos y creemos en la Palabra, veremos su salvación.

Creó aquella persona a Jesús; se fío de su palabra en la puerta de las Ovejas. Por su fe en la palabra, se pone en pie y de ser portado por la camilla, lleva él ahora la camilla. Jesús lo ha liberado. Frente a los que le cuestionan desde la legalidad esclavizante ¿por qué llevas la camilla en sábado? responde la experiencia personal de la salvación: el que me ha curado es quien me ha dicho: Toma tu camilla y echa a andar. Mientras no hay experiencia personal de la obra liberadora de Jesús, no puede darse una respuesta convincente frente al cuestionamiento de la novedad de la existencia cristiana.

No sabía esta persona quién era Jesús, sólo creó en su palabra. No puede responder, ante quiénes le preguntan, señalando al autor de su sanación. Hace falta tener ese encuentro. Juan termina el relato de este signo, colocando al hombre frente a Jesús y escuchando una advertencia: Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te suceda algo peor. Hay que tener presente la renovación interior es la que permite un cambio radical en las manifestaciones y relaciones humanas. Sin ese cambio interior, personal, nada se renueva en la convivencia y tampoco se transforman las estructuras, personales y sociales. Y esto se produce a partir de este encuentro sanador.

¿Cómo nos situamos ante Jesús? ¿Creemos en su palabra?



Fr. Antonio Bueno Espinar O.P.
Convento de Santa Cruz la Real (Granada)

Mié
25
Mar
2020

Evangelio del día

[Cuarta semana de Cuaresma](#)

Hoy celebramos: **Anunciación del Señor**

“Hágase en mí según tu palabra”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 7, 10-14; 8, 10b

En aquellos días, el Señor habló a Acáz y le dijo:

«Pide una signo al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo».

Respondió Acáz:

«No lo pido, no quiero tentar al Señor».

Entonces dijo Isaías:

«Escucha, casa de David: ¿no os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a mi Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará un signo. Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, porque con nosotros está Dios».

Salmo de hoy

Salmo 39, 7-8a. 8b-9. 10. 11 R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios,
entonces yo digo: «Aquí estoy». R/.

«-Como está escrito en mi libro-
para hacer tu voluntad.»
Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas. R/.

He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes. R/.

No me he guardado en el pecho tu justicia,
he contado tu fidelidad y tu salvación,
no he negado tu misericordia y tu lealtad
ante la gran asamblea. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 10, 4-10

Hermanos:

Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados.

Por eso, cuando Cristo entró en el mundo dice:

«Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas,
pero me formaste un cuerpo;
no aceptaste holocaustos
ni víctimas expiatorias.

Entonces yo dije: He aquí que vengo
-pues está escrito en el comienzo del libro acerca de mí-
para hacer, ¡oh, Dios!, tu voluntad».

Primero dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias», que se ofrecen según la ley.
Después añade: «He aquí que vengo para hacer tu voluntad».

Niega lo primero, para afirmar lo segundo.

Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

El ángel, entrando en su presencia, dijo:
«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo».

Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo:
«No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin».

Y María dijo al ángel:
«¿Cómo será eso, pues no conozco varón?».

El ángel le contestó:
«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque “para Dios nada hay imposible”».

María contestó:
«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

Y el ángel se retiró.

Reflexión del Evangelio de hoy

El Señor os dará una señal

Los intereses partidistas y políticos llevan a Asaz, rey de Judá, a querer aliarse con los asirios y a no hacer caso al profeta Isaías. Aunque el profeta insiste en que pida a Dios un milagro, Asaz se mantiene en sus trece diciendo que él no pondrá a prueba al Señor. Una manera de decir: No cuento con Él, con su ayuda.

Isaías había insistido: Pídele una señal, ya sea abajo en lo más profundo o arriba en lo más alto; es decir, en cualquier lugar Dios puede enviarte una señal de su presencia y de lo que Él quiere que veas y descubras. Solo hace falta pedirselo con fe y esperar. Porque si se pierde la esperanza -tentación que todos tenemos- estamos desconfiando de Dios.

Isaías persiste e insiste. “Escuchad. El Señor os dará una señal: La joven está encinta y va a tener un hijo, al que pondrá por nombre Enmanuel”. Ese nombre es muy significativo: *Dios con nosotros*. Y es en ese niño en el que habrá que poner la esperanza de un nuevo amanecer para el pueblo; y, por supuesto, para cada uno de nosotros. Las primitivas comunidades cristianas vienen en este texto una clara prefiguración de lo que había de ser y ya era, Jesús: Dios con nosotros.

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad

Poner en el Señor, una vez más, toda la esperanza porque Él escucha nuestro grito. Él nos salva, impide hundirnos, nos da firmeza al caminar por sus sendas.

Descubrir su voluntad no es fácil, pero no podemos dejarnos arrastrar por la impaciencia. Hay que tener los ojos, la mente y el corazón muy abiertos y disponibles para vislumbrar lo que Él desea de cada uno. Por eso, no hemos de cejar en la súplica, para que no nos niegue -que no lo hará- su ternura y compasión.

He aquí que vengo para hacer tu voluntad

Cambiar la antigua forma de pensar y de agradar a Dios es uno de los propósitos del autor, judío converso al cristianismo, de esta carta. Al autor mismo le costaba este cambio de actitud y de forma de pensar. Él había sido sacerdote cumplidor de la ley antigua.

Dar paso a la nueva forma de concebir el encuentro con Dios, suponía dar un giro total a su corazón y a su mente. Era la conversión, la orientación nueva que Dios pedía. Dejar atrás los sacrificios rituales, las ofrendas y holocaustos, no era tarea fácil. Había que descubrir, como actitud primera, cuál podía ser la voluntad de Dios para nosotros y, después, ponerla en práctica. Cuesta cambiar de mentalidad -a mí el primero-, pero hay que intentarlo.

Hágase en mí según tu palabra

Lucas es un artista en el arte descriptivo de lo que pudo ser aquel encuentro silencioso entre Dios y una muchacha orante, confiada. ¡Qué bien hilvana textos, qué bello tejido nos muestra en aquella anunciación llena de recato, encanto y silencio interior! Fra Angelico ha contribuido tanto o más que Lucas a ayudarnos a imaginar aquel encuentro entre María y el ángel Gabriel, que significa en hebreo “Dios es mi fortaleza”.

La sorpresa de María tuvo que ser enorme. ¡Como para no sorprenderse; ella es sincera: no ha conocido varón! Pero Dios actúa más allá de nuestras ignorancias, dudas y sorpresas. *Sorprenderse, asombrarse, es comenzar a entender*, decía Ortega y Gasset. Y María comenzó a entender... y quizá comprendió que desde ese momento, “la cosa, que empezó en Galilea”, no iba a ser fácil para ella. Gusto de citar a M. Legaut cuando dice en una de sus meditaciones:

Lo esencial no se enseña. Se revela a cada uno en lo íntimo, como una anunciación que la esperanza murmura. Sólo lo descubre aquél que secretamente tiene una gran intuición, y a menudo desde que se es joven.

Porque ahí está la clave: en la intuición juvenil, en la intimidad de uno mismo, en la esperanza murmuradora, susurrante. Ahí es donde se descubre lo esencial. Y así lo descubrió María.

Todo parece poético y bello; sin duda, lo es. Pero queda el final trágico de este evangelio de Lucas, donde pone de manifiesto que “para Dios nada hay imposible”. Ciertamente. La respuesta de María es bella, pero trágica. “he aquí la esclava (la disponible) del Señor. Hágase en mí según tu palabra”. Respuesta juvenil confiada, decidida, sin pensarlo mucho, como casi toda decisión juvenil. Pero el evangelio termina: “Y la dejó el ángel”. El ángel se retiró y la dejó sola. Nunca más volvió a tener “anunciaciones”, ni consuelos interiores.

Ahí, a mi parecer, está la gran tragedia de aquella escena: en el abandono posterior, en el silencio siguiente que fue muy largo y duro para María. Nunca más el que era “fortaleza de Dios” (Gabriel) se le hizo presente. Triste final de la anunciación. Inicio de un caminar de fe y confianza hasta llegar a los pies de la cruz, con muchos días de confusión e incertidumbre con aquel Hijo de sus entrañas. ¿Para esto vino el ángel, para dejarme sola, sin nada más que la fe a la que asirme, sin más consuelo que un Hijo entre mis brazos que pronto se marcharía a anunciar él mismo el reino de Dios y que tan mal terminó...? ¿No hubiera sido mejor...?

No sabemos lo que hubiera sido mejor. Pero lo cierto es que gracias a ella, nosotros hemos conocido al Salvador.



Fr. José Antonio Solórzano Pérez O.P.
Convento de Santo Domingo (Caleruega)

Anunciación del Señor

El escenario

Con motivo de esta fiesta, podemos realizar un viaje espiritual al lugar de la Anunciación de María y Encarnación del Hijo de Dios. Cuando llegamos a Nazaret, lo primero que nos llama la atención es la cúpula que corona la basílica de la Anunciación. Con razón ha sitio comparada al cáliz de un in-menso lirio invertido.

Al acercarnos a la basílica todo nos habla de María. Las do-cenas de brillantes mosaicos, que rodean el atrio a modo de claustro, dedicados a las vírgenes patronas de diversos países. Los bajorrelieves que adornan las fachadas del templo. Y una vez en el interior, las pinturas, las vidrieras, los mosaicos y, sobre todo, la letra "M" que se repite una y otra vez en lo alto de los techos y cie las bóvedas. Todo respira un profundo ambiente que invita al recogimiento y a la oración, que se acentúa, sobre todo, en la cripta.

Precisamente en ese plano inferior se encuentra el lugar más importante de todo el conjunto basilical: restos de un antiguo baptisterio, el basamento que marca el perímetro de la iglesia bizantina y, finalmente, la cueva de la Anunciación. He aquí uno de los lugares más atrayentes para el cristiano que, paradójicamente, se nos presenta revestido de una asombrosa sencillez y pobreza. Una inscripción grabada sobre el mármol del frontal del altar nos recuerda: Aquí el Verbo de Dios se hizo carne».

Nunca deberíamos olvidar la centralidad de este mensaje tan escueto como fundamental para nuestra fe. La fiesta de la Anunciación a María es también, e indisolublemente, la fiesta de la Encarnación del Verbo de Dios. Es éste el acontecimiento que hace girar los siglos. El comienzo de nuestra salvación. Dios ha entrado en la historia humana. Por medio de la Anunciación a María, Dios se ha hecho hombre para que los hombres podamos participar en la naturaleza divina. La luz ha venido a irrumpir en el mundo de las tinieblas.

Como escribía el papa San León Magno en una carta que la Iglesia lee en este día: «El que es Dios verdadero nace como hombre verdadero, sin que falte nada a la integridad de su naturaleza humana, conservando la totalidad cie la esencia que le es propia y asumiendo la totalidad de nuestra esencia humana. Y, al decir nuestra esencia humana, nos referimos a la que fue plasmada en nosotros por el Creador, y que él asume para restaurarla».

Siglos más tarde, en un delicioso sermón predicado en la fiesta de la Anunciación, se preguntaba San Juan de Ávila cómo habría de llamar a este día. Sus mismas preguntas, por retóricas que sean, constituyen ya el esbozo para una excelente y profunda catequesis:

'Si le llamamos día del remedio del mundo, eslo; si día de redempción de captivos, eslo; si le llamamos día de desposorios, eslo; si día de dar grandes limosnas, eslo también. El que supo la misericordia, aquél sea el que nos dé a entender el día que es hoy y nos dé a entender cuán grande sea la gracia que hoy recibió el mundo, y la ponga en nuestros corazones, para que la conozcamos.»

Una vida entera no nos bastaría para contemplar la magnitud de este misterio que ha cambiado la suerte de la historia humana.

Ante el misterio

En la cueva de Nazaret algunos peregrinos antiguos deja-ron sus graffiti como señal de su visita a un lugar que muy pronto debieron de considerar como venerable. Los expertos han logrado descifrar uno de ellos que aquí interesa recordar: «jaire», es decir: «alégrate», «Dios te salve», «Ave», Esas palabras del ángel se han convertido en saludo y oración para los cristianos: Ave María, la llena de gracia, el Señor está contigo. En ti y por ti Dios se nos ha hecho Enmanuel, «Dios con nosotros».

Los antiguos padres de la Iglesia gustaron de comparar a María con Eva. Es bien conocido el texto de San Ireneo en el que afirma que 'el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María». Otros, como San Jerónimo o San Juan Crisóstomo, repitieron una y otra vez que si »la muerte vino por Eva, la vida nos vino por María».

La cueva de la Anunciación, en Nazaret, está cerrada por una verja que parece querer evocar la zarza ardiente en la que Dios se mostró a Moisés. Y con razón, puesto que aquí Dios se hace presente y salvador para siempre. En el sermón mencionado al comienzo, San Juan de Ávila compara la encarnación del Señor con el episodio de la manifestación de Dios a Moisés en la zarza que ardía en el desierto. En ambos casos, Dios daba muestras de interesarse por la suerte humana. Pero si en un caso seguía siendo Dios «sin que le costase nada», en el otro se comprometía hasta el fin, asumiendo la suerte del hombre:

«Hombres, no es ya razón tener el corazón de piedra, sino de carne, pues el Verbo de Dios es hecho carne por nosotros hombres y por nuestra salud. Dios encarnó y fue hecho hombre. Acullá se queda en la zarza, y no tocan a él; acá desciende de los cielos y queda hecho hombre.»

En aquel mismo siglo, San Juan de la Cruz plasmaba en un romance, sencillo y profundo a la vez, su alta contemplación de este misterio:

«Entonces llamó a un arcángel que San Gabriel se decía y enviolo a una doncella que se llamaba María, de cuyo consentimiento el misterio se hacía; en la cual la Trinidad de carne al Verbo vestía; y aunque tres hacen la obra, en el uno se hacía; y quedó el Verbo encarnado en el vientre de María. Y el que tenía sólo Padre, ya también Madre tenía, aunque no como cualquiera que de varón concebía, que de las entrañas de ella él su carne recibía; por lo cual Hijo de Dios y de el hombre se decía.»

El Concilio Vaticano II ha dedicado al misterio de la Anunciación de María unas hermosas y profundas consideraciones que podemos recordar en la celebración de esta fiesta. En ellas se subraya especialmente la libre cooperación de María con el designio salvador de Dios:

«El Padre de las Misericordias quiso que precediera a la Encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuyese a la vida (...). La Virgen Nazarena es saludada por el ángel por mandato de Dios como "llena de gracia" (cf. Le 1, 28), y ella responde al enviado celestial: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Así María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, fue hecha Madre de Jesús, y abrazando la voluntad salvífica de Dios con generoso corazón y sin impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la Persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con él y bajo él, por la gracia de Dios omnipotente» (LG 56).

Esta contemplación del misterio de la Encarnación ha alimentado la espiritualidad de los cristianos y ha orientado su presencia activa en el mundo. La Iglesia, imitando de lejos al Verbo de Dios, trata de encarnarse en las realidades de este mundo con el fin de renovarlo con la gracia de su Señor.

En un día como éste, el cristiano encuentra especial sentido a la recitación de una antigua antifona mariana titulada *Alma Redemptoris Mater*:

*Madre del Redentor, virgen fecunda,
puerta del cielo siempre abierta,
estrella del mar,
ven a librar al pueblo que tropieza y quiere levantarse.*

*Ante la admiración de cielo y tierra,
engendraste a tu santo Creador,
y permaneces siempre virgen.
Recibe el saludo del ángel Gabriel,
y ten piedad de nosotros, pecadores.»*

José Román Flecha Andrés.

Jue
26
Mar
2020

Evangelio del día

[Cuarta semana de Cuaresma](#)

“¡Y no queréis venir a mí para tener vida!”

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 32, 7-14

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés:

«Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: "Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto"».

Y el Señor añadió a Moisés:

«Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo».

Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios:

«¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta? ¿Por qué han de decir los egipcios: "Con mala intención los sacó, para hacerlos morir en las montañas y exterminarlos de la superficie de la tierra"? Aleja el incendio de tu ira, arrepíentete de la amenaza contra tu pueblo. Acuérdate de tus siervos, Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo: "Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre"».

Entonces se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Salmo de hoy

Salmo 105, 19-20. 21-22. 23 R/. Acuérdate de mí, Señor, por amor a tu pueblo

En Horeb se hicieron un becerro,
adoraron un ídolo de fundición;
cambiaron su gloria por la imagen
de un toro que come hierba. R/.

Se olvidaron de Dios, su salvador,
que había hecho prodigios en Egipto,

maravillas en la tierra de Cam,
portentos junto al mar Rojo. R/.

Dios hablaba ya de aniquilarlos;
pero Moisés, su elegido,
se puso en la brecha frente a él,
para apartar su cólera del exterminio. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 5, 31-47

En aquel tiempo, Jesús dijo a los judíos:

«Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es verdadero el testimonio que da de mí.

Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio en favor de la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz.

Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido llevar a cabo, esas obras que hago dan testimonio de mí: que el Padre me ha enviado.

Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su rostro, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no lo creéis.

Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros.

Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio, a ese sí lo recibiréis.

¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?».

Reflexión del Evangelio de hoy

Aleja el incendio de tu ira

Resulta curioso cómo acostumbremos a poner sentimientos humanos al Dios que nos salva. En este caso el capítulo del Éxodo, vemos a un Dios que amenaza a su pueblo Israel, porque se ha construido un becerro de oro. Un ídolo construido por manos humanas, a quien se le reconoce la liberación de la esclavitud en manos de los egipcios.

El pueblo, ignorando la autoridad del profeta Moisés, sigue la inmediatez de su impaciencia y construye un becerro de oro para adorarlo. Porque en el fondo, el pueblo quiere un Dios a su medida, un Dios que se pueda manipular y crear a su antojo, un dios que sea tangible, reconocerlo en la materialidad de la vida.

Este hecho hace encender la ira de Yahvé, y resulta curioso también, que sea Moisés el que le recuerde su alianza y su promesa, y calme la ira de Dios. Es un Dios celoso por una parte de su pueblo, y un Dios que se deja calmar por el profeta por otra. Es una relación íntima la que subyace entre Moisés y Dios. Sin embargo, hemos de preguntarnos ¿Dios puede sentir ira? y como consecuencia de ello ¿nos castiga?

La ira y los celos son sentimientos humanos, proyectados a un Dios por el sentido de la culpa, del olvido de Dios, de la manipulación de Dios a nuestro antojo. La ira y los celos nos sacan fuera de nuestro equilibrio emocional, y nos quita la libertad de expresarlo de una manera sana. ¿Puede Dios tener sentimientos insanos?

El "No" se encuentra implícito en todas las respuestas. ¿Cómo puede Dios, lleno de misericordia y compasión, que escucha el sufrimiento de su pueblo, y lo libera de la opresión contradecirse a sí mismo? Dios es pura compasión y misericordia, por eso nos espera en el camino de la fe.

¡Y no queréis venir a mí para tener vida!

Esta admiración de Jesús en el Evangelio de Juan, nos sitúa en la incredulidad del pueblo judío, que goza de testimonios claros por una parte de los profetas, por otra, el testimonio más reciente de Juan, que era la lámpara que ardía y brillaba, y los judíos quisieron gozar por un instante de su luz.

Jesús sitúa su testimonio por encima del testimonio de Juan, pero entiende que no puede dar testimonio de sí mismo porque no sería válido. Jesús habla de un testimonio mayor, el del Padre, el de las Escrituras, el de Moisés: todos dan testimonio del Hijo. Todos esos testimonios son creíbles, pero Jesús lanza la pregunta: si teniendo a las Escrituras y a Moisés no creéis ¿cómo vais a creer en mis palabras?

Los mismos testimonios en los que el pueblo tiene su esperanza es quien acusará a los judíos ante su incredulidad.

La incredulidad es uno de los rasgos más característicos de nuestra sociedad actual, sobre todo la europea, que es una sociedad hastiada de lo religioso. Pero la incredulidad se ha convertido en una irreligiosidad: la ausencia total de religión. El hombre no se siente religado a ningún Dios. Se ha endiosado a sí mismo, creyéndose juez y señor de todo.

Esta autorreferencia del hombre, hace que el humanismo cristiano esté pasando por una crisis importante en los tiempos actuales; un humanismo que habla de un ser humano que mira hacia la amplitud de su vida, y que tiene como referencia a un Dios creador, misericordioso, lleno de amor y ternura para con los hombres. Pero, ¿Qué se ha perdido? ¿A Dios? ¿Los valores que descubrimos en la Fe en Dios? ¿el amor? ¿el sentido de la paz?

Lo cierto es que esta autorreferencia del hombre, construida desde la tecnificación, el gregarismo, el materialismo... ha generado un hombre violento, autodestructivo. Sólo tenemos que mirar la cantidad de actos violentos que atentan hoy contra la vida humana, la naturaleza, la creación...

La economía es el actual becerro de oro que se nos propone hoy como liberador de las opresiones, un sistema injusto que envuelve en la precariedad a muchos pueblos. Otros ponen el acento en políticas trasnochadas que prometen la salvación, pero no dejan de ser el despertar de antiguos sistemas que están llamados al fracaso.

Ante esta situación, está la frase de Jesús llena de lamento: ¡Y no queréis venir a mí para tener vida eterna! El camino del hombre sin Dios es equivoco, resulta una catástrofe de dimensiones incalculables.

Los que nos decimos creyentes hemos de orar poniendo en pie nuestra esperanza. Levantar nuestras voces frente a esta deshumanización acelerada de la vida. Y orar para que en el silencio se aplaque la ira de los pueblos que injustamente son oprimidos. Orar para no caer en la tentación del desaliento, ni tampoco en el conformismo adaptativo de una religión anquilosada.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Vie
27
Mar
2020

Evangelio del día

[Cuarta semana de Cuaresma](#)

“El Verdadero es el que me envía”

Primera lectura

Lectura del libro de la Sabiduría 2, 1a. 12-22

Se decían los impíos, razonando equivocadamente:

«Acechemos al justo, que nos resulta fastidioso:
se opone a nuestro modo de actuar,
nos reprocha las faltas contra la ley
y nos reprende contra la educación recibida;
presume de conocer a Dios
y se llama a sí mismo hijo de Dios.

Es un reproche contra nuestros criterios,
su sola presencia nos resulta insoportable.

Lleva una vida distinta de todos los demás
y va por caminos diferentes.

Nos considera moneda falsa
y nos esquivo como a impuros.

Proclama dichoso el destino de los justos,
y presume de tener por padre a Dios.

Veamos si es verdad lo que dice,
comprobando cómo es su muerte.

Si el justo es hijo de Dios, él lo auxiliará
y lo librará de las manos de sus enemigos.

Lo someteremos a ultrajes y torturas,
para conocer su temple y comprobar su resistencia.

Lo condenaremos a muerte ignominiosa,
pues, según dice, Dios lo salvará».

Así discurren, pero se equivocan,
pues los ciega su maldad.

Desconocen los misterios de Dios,
no esperan el premio de la santidad,
ni creen en la recompensa de una vida intachable.

Salmo de hoy

Salmo 33, 17-18. 19-20. 21 y 23 R/. El Señor está cerca de los atribulados

El Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su memoria.
Cuando uno grita, el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias. R/.

El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.
Aunque el justo sufra muchos males,
de todos lo libra el Señor. R/.

Él cuida de todos sus huesos,
y ni uno solo se quebrará.
El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 7, 1-2. 10. 25-30

En aquel tiempo, recorría Jesús Galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las Tiendas.

Una vez que sus hermanos se hubieron marchado a la fiesta, entonces subió él también, no abiertamente, sino a escondidas.

Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron:

«¿No es este el que intentan matar? Pues mirad cómo habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que este es el Mesías? Pero este sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene».

Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó:

«A mí me conocéis, y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino que el Verdadero es el que me envía; a ese vosotros no lo conocéis; yo lo conozco, porque procedo de él y él me ha enviado».

Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Veamos el desenlace de su vida”

Este pasaje del Libro de la Sabiduría nos expone los sentimientos y actitudes de “los impíos” ante la vida y ante los justos. Se comprende que la vida de los justos les resulte incómoda, no solo porque es muy distinta de la suya, sino porque se sienten interpelados por ella: “nos echan en cara nuestros pecados, nos reprenden nuestra educación errada”.

Punto clave en esa vida diferente es que los justos “se glorían de tener por Padre a Dios”, y cuentan con Él en todos los momentos de la vida terrena.

Los impíos se marcan un reto. Van a someter al justo a una prueba definitiva: “le condenaremos a muerte ignominiosa, pues dice que hay alguien que se ocupe de él”. Si Dios está con él lo salvará y probará la bondad de su vida. “Si es justo, hijo de Dios, lo auxiliará, y lo librará del poder de sus enemigos”.

Nos es fácil ver en estas palabras la muerte de Cristo y su resurrección en este pasaje del Libro de la Sabiduría, que fue escrito hacia la mitad del siglo I antes de Cristo. Nosotros, los seguidores de Cristo, los que queremos ser justos según la justicia del evangelio, sabemos que nos espera la misma suerte que a nuestro Maestro y Señor.

“Yo no vengo por mi cuenta, sino que el Verdadero es el que me envía”

Nos es fácil aplicar lo dicho en la primera lectura del Libro de la Sabiduría a Cristo Jesús. Los judíos, principalmente sus autoridades, han declarado la guerra abierta a Jesús. “Tratan de matarlo”. Su evangelio, en varios puntos, es muy diferente a lo expuesto por las autoridades religiosas del pueblo judío y les ha puesto en evidencia más de una vez.

Piensen que Jesús quiere destruir la religión judía de siempre, la que ellos tenían como venida de Dios a través de los patriarcas y profetas. De todas las maneras, parte del pueblo sospecha que Jesús, basándose en sus palabras y acciones, puede ser el deseado y esperado Mesías.

Conocemos el desenlace de Jesús. Los jefes religiosos de entonces consiguen matarle, clavándole en lo alto de la cruz de los malditos. Pero Dios Padre estaba con él y lo resucitó al tercer día, probando la bondad de Jesús y de su mensaje.

La lección de la vida, muerte y resurrección de Jesús nos la tenemos que aprender. El que obra bien acaba bien; el que obra mal acaba mal. El que sigue a Jesús y vive como Jesús acaba como Jesús, recibiendo el premio de la resurrección a una vida de total felicidad y para toda la eternidad.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Sáb
28
Mar
2020

Evangelio del día

[Cuarta semana de Cuaresma](#)

“Jamás ha hablado nadie como ese hombre”

Primera lectura

Lectura del libro de Jeremías 11, 18-20

El Señor me instruyó, y comprendí,
me explicó todas sus intrigas.

Yo, como manso cordero,
era llevado al matadero;
desconocía los planes
que estaban urdiendo contra mí:
«Talemos el árbol en su lozanía,
arranquémoslo de la tierra de los vivos,
que jamás se pronuncie su nombre».

Señor del universo,
que juzgas rectamente,
que examinas las entrañas y el corazón,
deja que yo pueda ver
cómo te vengas de ellos,
pues a ti he confiado mi causa.

Salmo de hoy

Salmo 7, 2-3. 9bc-10. 11-12 R/. Señor, Dios mío, a ti me acojo

Señor, Dios mío, a ti me acojo,
líbrame de mis perseguidores y sálvame;
que no me atrapen como leones
y me desgaren sin remedio. R/.

Júzgame, Señor, según mi justicia,
según la inocencia que hay en mí.
Cese la maldad de los culpables,
y apoya tú al inocente,

tú que sondeas el corazón y las entrañas,
tú, el Dios justo. R/.

Mi escudo es Dios,
que salva a los rectos de corazón.
Dios es un juez justo,
Dios amenaza cada día. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 7, 40-53

En aquel tiempo, algunos de entre la gente, que habían oído los discursos de Jesús, decían:
«Este es de verdad el profeta».

Otros decían:
«Este es el Mesías».

Pero otros decían:
«¿Es que de Galilea va a venir el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?».

Y así surgió entre la gente una discordia por su causa.

Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima.

Los guardias del templo acudieron a los sumos sacerdotes y fariseos, y estos les dijeron:
«¿Por qué no lo habéis traído?».

Los guardias respondieron:
«Jamás ha hablado nadie como ese hombre».

Los fariseos les replicaron:
«También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la ley son unos malditos».

Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo:
«¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?».

Ellos le replicaron:
«¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas».

Y se volvieron cada uno a su casa.

Reflexión del Evangelio de hoy

"La soledad se consuela en las manos de Dios"

Jeremías siente cómo sus exhortaciones al Pueblo para que siga los caminos de Yahvé le complican la vida. No es fácil ir contracorriente. Denunciar la idolatría de los sacerdotes y responsables del Templo por celebrar los cultos atávicos de los pueblos circundantes le crea enemigos. La moda es seguir las creencias astrales e invocar a las fuerzas naturales para sentir la protección de los dioses de la naturaleza.

Jeremías les reprocha haber olvidado que el verdadero Dios es Yahvé. Que la promesa viene por el Dios creador que les dio una tierra, les eligió como Pueblo y estableció una Alianza con ellos. Ser fiel al Señor es seguir sus pasos, cumplir sus preceptos, invocar su amparo. Y ese compromiso le supone al profeta afrontar la persecución y la amenaza de muerte.

Sus advertencias proféticas desmontan el mercadeo, la manipulación y apoderamiento que los principales tienen construido. No quieren depender de nadie ni dar cuenta o respuesta de sus actos. No soportan un profeta que les contradiga. Sobra, debe eliminarse. Y en esa soledad e incomprensión general, Jeremías clama al Dios fiel para que le salve.

Abanderar la verdad, ponerse del lado del Dios justo, del camino de la Alianza salvífica, acarrea incomprensión y desaliento. Pero nuestra esperanza está en ese Dios fiel, que cumple sus promesas y acoge a quien se refugia en Él.

"¿También vosotros os habéis dejado embaucar?"

Vemos en este evangelio la figura de un Jesús contradictorio. Su presencia y sus discursos generan admiración y rechazo. Sus palabras son chocantes. Para unos son las de un profeta de Israel, que incluso suscita la esperanza de tener al Mesías esperado.

A los oídos del pueblo fiel y sencillo, Jesús llena sus expectativas, los acoge en la nueva alianza que él predica. Sin embargo, para los oídos de los sumos sacerdotes y fariseos, es un impostor, sacrílego, embaucador, que debe ser eliminado. Ni por su origen galileo, ni por razón de estirpe, ni por lo que predica (el reino para los pobres y desheredados), ni por su enfrentamiento con la estrechez legalista puede ser respetado.

Jesús, el verdadero profeta de Israel, es denostado como lo fue Jeremías y la mayoría de profetas en la historia del Pueblo. Pero la llamada y la misión del Padre no pueden quedar retenidas. Cualquier excusa sirve a sus enemigos para contradecirle y buscar su ruina. No es de Belén, no sabe de la Ley, es un embaucador. Pero Jesús se enfrenta al poder. La verdad del Padre es anterior a todas las dificultades que pretendan plantearle. Ni el desaire y la persecución pararán su andadura.

Está condenado, pero debe cumplir la voluntad del que le ha enviado. Así nos enseña que la llamada al servicio de Dios provoca enemistades y rechazos. Que defender el mensaje del Reino supone apostar por la verdad y por la misericordia. Que frente a las adversidades y descalificaciones que nos plantee el mundo, la semilla de la caridad y el amor a la verdad deben refrendarse con toda la sencillez y radicalidad que Dios nos pide.

El único temor que se nos permite es el de no ser fieles pregoneros de la verdad de Dios. Somos profetas, elegidos de Dios para proclamar su Reino.

¿Intentamos ser verdaderos predicadores de la Palabra de salvación que Jesús vino a traer a este mundo, especialmente para los más indefensos y necesitados? Pidamos fuerzas al Señor para llevar adelante esta misión.



D. Oscar Salazar, O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de San Martín de Porres (Madrid)

Dom
29 Mar

Homilía de V Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2019 - 2020 - (Ciclo A)

“Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá... ¿Crees esto?”

Introducción

El tiempo de Cuaresma, que ya va tocando a su fin, exige de nosotros una reflexión seria y profunda sobre la cuestión de la vida y de la muerte. *“Acuérdate que eres polvo y al polvo volverás”* nos dijeron cuando lo iniciamos. Cuanto más profundamente entramos en este período, cuanto más nos acercamos a la Semana Santa, tanto más intensamente debemos concentrarnos sobre este punto: el problema de la vida y de la muerte, en todos sus aspectos y en todas sus consecuencias.

Este domingo la liturgia nos pone de cara al problema para el que los humanos no tenemos solución: la muerte. Pero, por suerte, nos adelanta la respuesta: *El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá.* (Jn 11,25)

En domingos anteriores Jesús se nos ha presentado como la mejor propuesta para el hombre herido por la sed, la insatisfacción y la ceguera. Él, en persona, es el agua que sacia nuestros deseos más profundos y la luz que ilumina nuestras noches. Ante la herida de la muerte y de la vida, hoy nos dirá: *“Yo soy la resurrección y la vida. ¿Crees esto?”*. (Jn 11, 26). Y su palabra no es afirmación dicha al aire, sino Palabra hecha vida.

Los tres momentos del itinerario de la fe -conversión, iluminación, comunión- quedan claramente destacados a través de estos tres domingos. La samaritana es, sobre todo, conversión; el ciego de nacimiento es iluminación; la resurrección de Lázaro destaca la vida nueva que nos viene de la comunión con el Señor muerto y resucitado.

El período de Cuaresma constituye un reto. A la luz del misterio pascual, al que nos acercamos, penetrando cada vez más profundamente en la meditación de la pasión y de la muerte de Cristo, es necesario que se despierte nuestra conciencia y asumamos la gran causa del valor de la vida y de la responsabilidad por la vida, que es, al mismo tiempo, la responsabilidad por el hombre hasta las raíces mismas de su existencia y de su vocación.



Fray José Hernando O.P.
Convento de Santo Domingo (Rep. Dominicana)

Lecturas

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 37, 12-14

Esto dice el Señor Dios: «Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de ellos, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel. Y cuando abra vuestros sepulcros y os saque de ellos, pueblo mío, comprenderéis que soy el Señor. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestra tierra y

comprenderéis que yo, el Señor, lo digo y lo hago —oráculo del Señor—».

Salmo

Salmo 129, 1-2. 3-4ab. 4c-6. 7-8 R/. Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa

Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz, estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica. R/. Si llevas cuentas de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de ti procede el perdón, y así infundes respeto. R/. Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra; mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora. Aguarde Israel al Señor, como el centinela la aurora. R/. Porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa; y él redimirá a Israel de todos sus delitos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 8, 8-11

Hermanos: Los que viven sujetos a la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis sujetos a la carne, sino al espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo. Pues bien, si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justificación obtenida. Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 11, 3-7. 17. 20-27. 33-45

En aquel tiempo, las hermanas de Lázaro le mandaron recado a Jesús diciendo: «Señor, el que tú amas está enfermo». Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo se quedó todavía dos días donde estaba. Solo entonces dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea». Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día». Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?». Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo». Jesús se conmovió en su espíritu, se estremeció y preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?». Le contestaron: «Señor, ven a verlo». Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¿Cómo lo quería!». Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que este muriera?». Jesús, conmovido de nuevo en su interior, llegó a la tumba. Era una cavidad cubierta con una losa. Dijo Jesús: «Quitad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días». Jesús le replicó: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar». Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Pautas para la homilía

En un cuadro plástico de gran belleza, se nos pintan la Vida y la Muerte enfrentados en el sepulcro de Lázaro. La resurrección del amigo es parábola y profecía de futuras victorias sobre todo tipo de muertes: Cristo ha venido para que *«tengamos vida y la tengamos en abundancia»* (Jn 10,10) y la conservemos para siempre. Él nos repite: *«Amigo mío, pueblo mío, yo abriré vuestros sepulcros»* (Ez 37,12); yo abriré todos los sepulcros.

En el evangelio de hoy destacan los sentimientos humanos y el poder divino, Jesús que llora (Jn 11,35) y a la vez se proclama *«resurrección y vida»* (Jn 11, 27). Ambas dimensiones nos convencen de su verdad.

Betania era el lugar donde Jesús se quedaba cuando iba a Jerusalén. Así lo atestigua la tradición sinóptica, y hace razonable la suposición de que era en aquella casa Lázaro donde se hospedaba y que sus moradores eran verdaderamente amigos íntimos de Jesús.

Cuando, avisado de la muerte de su amigo, Jesús llega a Betania, Marta, hermana del amigo difunto, sale al encuentro de Jesús y le dice con dolor: *«¡si tú hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto! Pero sé que cualquier cosa que pidas a Dios, Él te la concederá»* (Jn 11, 21-22). Marta pide de manera confiada un milagro; pide a Jesús que resucite a su hermano Lázaro, que devuelva a la vida a uno de sus seres más queridos aquí en esta tierra. Jesús responde con palabras que se refieren a la vida eterna: *«el que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees tú esto?»* (Jn 11, 26).

Marta hace una afirmación de fe: *“Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”*., pero, aunque la pronuncia parece que no entiende el alcance de la expresión *“el que tenía que venir al mundo”* ... En realidad, no ha entendido que la luz y la vida ya han venido al mundo. Marta no sabe bien lo que dice. Ella piensa siempre en un tiempo futuro, pero no comprende que ese tiempo ya ha comenzado.

El futuro, que ella espera, lo tiene corporalmente delante: *Mi hermano resucitará* (futuro) en *el último día*, dice Marta, ante el *“yo soy (presente) la resurrección y la vida”* que le responde Jesús. Marta no sabe que Jesús trae el futuro al presente, a su presente. Jesús la ayuda a poder creer esto. Lo hace transformando su saber acerca de la resurrección futura en una fe en él, *“que es la resurrección y la vida”*. El saber de Marta se transforma en un creer en Jesús

Jesús ora al Padre, *“Yo sé que siempre me escuchas”* (Jn 11, 42): Jesús confía absolutamente en el Padre porque hace siempre lo que agrada al Padre. (*Mi alimento es hacer la voluntad del Padre*) (Jn 4, 34) Sabe que cuanto pide es conforme a la voluntad del Padre y que por ello precisamente es siempre escuchado. Exige a sus seguidores esta misma confianza en la oración.

La descripción del milagro no es espectacular. Los testigos y los lectores tenían/tenemos los ojos fijos en la tumba, al quitar la piedra y en la salida de Lázaro, pero los ojos de Jesús se elevan al cielo. Lázaro sale con las vendas, pero no habla. Y no nos cuenta, -no sabemos- nada sobre el más allá. La intención del evangelista no es satisfacer la curiosidad sobre el más allá, sino poder simbolizar la vida. Y la resurrección a la vida eterna hay que simbolizarla desde la resurrección a la vida natural.

La resurrección de Lázaro tiene sentido a la luz de la resurrección de Jesús. Los fariseos están preparando la muerte de Jesús. Finalmente lo van a matar, pero el Padre no lo abandonará en la muerte, sino que lo resucitará. En la muerte se encuentra la definitiva vida de Dios. El relato nos recuerda que esta vida de Jesús se comunicara a todos los que creen en él.

La fe en la victoria de la gracia sobre el pecado, en la victoria de la vida sobre la muerte del cuerpo y del alma, es explicada por San Pablo en su carta a los Romanos que hemos escuchado en esta liturgia. Jesús, en efecto, dijo en Betania: « *Yo soy la resurrección y la vida, quien cree en mí no morirá eternamente* ». (Jn 11, 25-26)

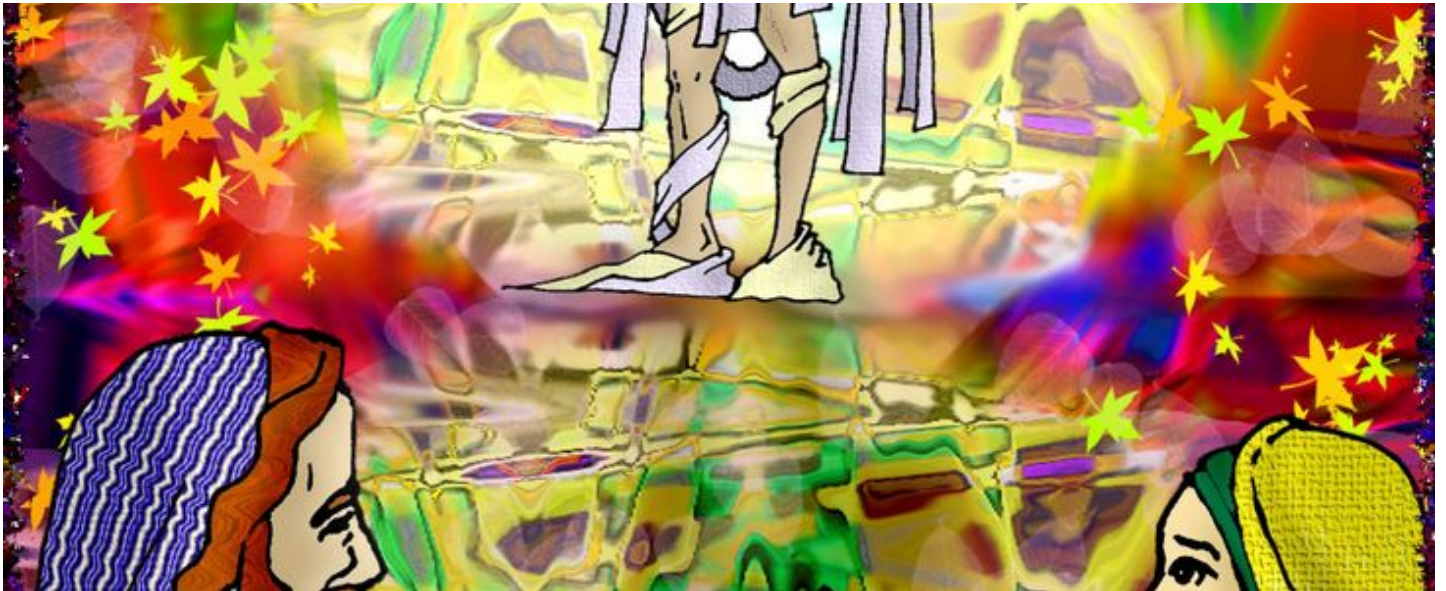
« ¿Crees tú esto? », pregunta Jesús a Marta. Y con esta pregunta está interrogando a los discípulos de todos los tiempos; pregunta a cada uno de nosotros en este quinto domingo de Cuaresma, cuando ya estamos tan cercanos al día de la Pascua. ¿Qué respondes...?



Fray José Hernando O.P.
Convento de Santo Domingo (Rep. Dominicana)

Evangelio para niños

V Domingo de Cuaresma - 29 de marzo de 2020



Resurrección de Lázaro

Juan 11, 1-45

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, las hermanas de Lázaro le mandaron recado a Jesús, diciendo: - Señor tu amigo está enfermo. Jesús al oírlo dijo: - Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba. Sólo entonces dice a sus discípulos: -Vamos otra vez a Judea. Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: - Señor si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá. Jesús le dijo: - Tu hermano resucitará. Marta respondió: Sé que resucitará en la resurrección del último día. Jesús le dice:; - Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto? Ella le contestó: - Si, Señor: yo creo que tu eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo. Jesús muy conmovido preguntó: -¿Dónde lo habéis enterrado? Le contestaron: - Señor, ven a verlo. Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban:- ¡Cómo lo quería! Pero algunos dijeron: -Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste? Jesús sollozando de nuevo, llegó a la tumba (Era una cavidad cubierta con una losa.) Dijo Jesús: - Quitad la losa Marta, la hermana del muerto, le dijo: -Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días. Jesús le dijo: - ¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la losa, Jesús, levantando los ojos a lo alto dijo: - Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea para que crean que tú me has enviado. Y dicho esto, gritó con voz potente: -Lázaro, ven afuera. El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: -Desatadlo y dejadlo andar. Y muchos judíos que habían venido a casa de María al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Explicación

Hoy vemos como gracias a Jesús se da la victoria de la vida sobre la muerte. Jesús recibe el recado de que su amigo Lázaro está enfermo y dos días después va a verlo, pero cuando llegó ya había muerto hacía cuatro días. Jesús, que lo quería mucho fue llorando, con Marta la hermana de Lázaro hasta la tumba. Entonces oro al Padre dándole gracias y después grito: ¡Lázaro ven afuera! Y Lázaro resucitó.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

QUINTO DOMINGO DE CUARESMA – “A”(Jn. 11, 1-45)

NARRADOR: En aquel tiempo las hermanas Marta y María le mandaron a Jesús diciendo: Tu amigo Lázaro está muy enfermo.

JESÚS: Esta enfermedad no acabará con la muerte. Servirá para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

NARRADOR: Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro, pero se quedó todavía dos días en donde estaba, terminando lo que tenía que hacer. Sólo después se encaminó hacia Judea. Y les dijo a los discípulos:

JESÚS: Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo.

DISCÍPULO: Señor, si duerme, se salvará, se pondrá bien.

JESÚS: Lázaro ha muerto. Ahora vamos a su casa, y me alegro que me acompañéis, para que veáis el poder de Dios y creáis.

NARRADOR: Cuando llegó Jesús, Lázaro llevaba cuatro días enterrado.

MARÍA: ¡Maestro, Maestro! ¿Cómo no has venido antes?

MARTA: Si hubieras estado aquí, ahora estaría vivo, no le habrías dejado que muriera. Pero yo sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.

JESÚS: Tu hermano resucitará.

MARTA: Sé que resucitará en la resurrección del último día.

JESÚS: Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?

MARTA: Sí, Señor. Yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios. El que tenía que venir al mundo.

JESÚS: ¿Dónde le habéis enterrado?

MARÍA: Aquí cerca. Ven a verlo.

NARRADOR: Jesús se echó a llorar, y la gente comentaba: ¡cómo le quería! Otros murmuraban: ¿no podía haber impedido que muriera éste? Jesús sollozando llegó a la tumba y dijo:

JESÚS: ¡Quitad la losa!

MARTA: Señor, huele mal. Lleva ahí cuatro días.

JESÚS: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?

NARRADOR: Los judíos se dispusieron a quitar la losa. Jesús, ante el pueblo, levantó los brazos al Cielo en oración:

JESÚS: Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que Tú me escuchas siempre, pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que Tú me has enviado.

NARRADOR: Y dicho esto, gritó con voz potente:

JESÚS: ¡Lázaro...! ¡Sal fuera!

NARRADOR: El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario.

JESÚS: Desatadlo y dejadle andar.

NARRADOR: Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en Él.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández